

Estudiemos al General Díaz en los momentos más solemnes y decisivos de su vida. Por ejemplo, al escaparse del Convento de la Compañía. Indudablemente, no había allí tiempo que perder, los minutos eran precisos, urgía obrar rápidamente. Sin embargo, como el tiempo empleado en meditar lo que se hace y en adquirir la certidumbre de que no se va á cometer un error, nunca es tiempo perdido, el que iba á jugar la propia vida y el porvenir de la nación en esa fuga, antes de ascender por la cuerda con que lanzó una canal de la prisión, «se cercioró de la resistencia de aquel punto de apoyo.» Son sus propias palabras.

He aquí claramente presentados los dos rasgos que debemos imitar en la actividad del General Díaz: no dejar nada para mañana: no hacer nada sin cerciorarnos de la resistencia de nuestro punto de apoyo.

Otra característica importantísima de la actividad creadora de este grande hombre, es la audacia con que debe equilibrarse necesariamente la prudencia. El que deja pasar las ocasiones por exceso de cautela, se queda invariablemente, irremediablemente, rezagado en la vida. Bueno es madurar las ideas con largueza y reposo, cuando haya tiempo y lugar para ello; pero vacilar en los momentos angustiosos y no atreverse ni resolverse á nada por prudencia mal entendida, es condenarse á la obscuridad y á la miseria por caer en el extremo contrario. Si el General Díaz hubiese empleado mucho tiempo en meditar la admirable estrategia que le dió por resultado la espléndida y doble victoria de la Carbonera y de la toma de Oaxaca, probablemente se habría retardado mucho el triunfo definitivo de la República.

El General Díaz sitiaba á Orizaba, el vencido de Miahuatlán, en el convento de Santo Domingo de Oaxaca. Este convento era entonces una fortaleza inexpugnable, sobre todo, para las débiles fuerzas y deficientes armas del ejército sitiador. En tal situación se anuncia la rápida marcha sobre Oaxaca, de una columna de austriacos aguerridos, bien armada y equipada, al mando del conde Kotze, hábil jefe austriaco. ¿Qué hacer? esperarla era colocarse voluntariamente entre dos fue-

gos para ser aniquilado; ir ostensiblemente el encuentro de los austriacos, equivalía á libertar á los sitiados y echarse á la espalda con idéntico resultado. Aquí de la audacia genial que rinde á la fortuna.

Sin perder momento, el General Díaz manda envolver con trapos los cascos de los caballos, desmonta los cañones para que no hagan ruido, deja encendidos los fuegos de su campamento, y á unos cuantos centinelas encargados de seguir dando el alerta reglamentario; y al amparo de las sombras, vuela al encuentro de los austriacos. Toma posiciones en la Carbonera, y en una batalla que los peritos en la ciencia militar consideran como *obra maestra de estrategia*, más aún, como *la única batalla digna de ese nombre*, que además de la de Miahuatlán, se dió en toda esa época, derrota y aniquila al enemigo. Inmediatamente vuelve sobre sus pasos, reforzado con las armas quitadas á los austriacos; y cuando los sitiados de Santo Domingo apenas habían advertido la ausencia del sitiador, y comenzaban á salir de su encierro derrochando faufarronería, cae sobre ellos y consuma la doble victoria, favorecido por el pánico de los desprevenidos imperialistas, que no abandonaron la fortaleza sino para dejarse batir mejor.

Esta serie de asombrosos atrevimientos contrasta notablemente con la prudencia que el mismo gran soldado empleó en el sitio de México. En este caso, el Ejército de Oriente, que acababa de reconquistar Puebla, era exiguo para poner cerco estrecho y riguroso á la capital, y más todavía para intentar el asalto con buenas prababilidades; los sitiados eran fuertes aún, y en un raptó de desesperación podrían haber roto el cerco y prolongado la lucha al dispersarse por el territorio.

Así todo lo que fué audacia y celeridad de acción en Oaxaca, se convirtió en México en calma y reposo; pero en ambos casos coronó el triunfo la actividad decidida de un ataque y la actividad prudente del otro.

El último elemento de éxito en la actividad es la abnegación. Trabajar sólo para sí es egoísmo odioso y estéril por añadidura. Raro será el ejemplo de un verdadero egoísta que haya hecho algo